

de septiembre de 1945. La revisión de las similitudes, diferencias, influencias y propagandas de forma y fondo del *Asahi*, el *Yomiuri* y el *Mainichi*, en Japón, y *The New York Times*, *The Washington Post* y *Los Angeles Times*, en Estados Unidos, permiten a la autora dar una buena visión del comportamiento de la prensa en ambos países.

Las conclusiones del libro, escritas en un lenguaje llano y comprometido, son un recuento del mismo rematado con el exhorto para que los profesionales de la comunicación reparen esta omisión histórica (aún tienen una deuda) y aprendan de esta experiencia con el fin de no incurrir en los mismos errores.

“Hiroshima debe vislumbrarse «dice González en el último párrafo» desde ángulos distintos a los que la han convertido, desde 1945, en la imagen abstracta de una enorme nube en forma de hongo. Es necesario que el mundo vea también con la óptica de la víctimas, de aquellos que durante algún tiempo no tuvieron voz, y hoy se acercan en silencio a la muerte. El periodismo tiene una deuda moral y un difícil reto: rescatar esos testimonios, las reflexiones científicas surgidas desde el mismo momento en que se fabricaba la bomba, y luchar para sacudirse el yugo de la censura, que aún esconde datos y solapa el desarrollo de las armas más destructivas del mundo, bajo el falaz argumento de garantizar la seguridad, la paz y el progreso de la humanidad” (pp. 615-616).

FROYLÁN ENCISO

Víctor Hugo Martínez González, *Fisiones y fusiones; divorcios y reconciliaciones: la dirigencia del Partido de la Revolución Democrática, 1989-2004*, México, Centro de Estudios Políticos y Sociales de Monterrey, A. C./Facultad de Ciencias Políticas y Sociales y Facultad de Contaduría y Administración (UNAM)/Flacso/Plaza y Valdés, 2005, 271 pp.

Aunque el estudio de los principales partidos políticos de México no es nuevo, en los últimos años han aparecido investigaciones que intentan desentrañar su vida interna, de modo que, en alguna medida, sea posible explicar su comportamiento en la política nacional ahora que la alternancia y el pluralismo son hechos consumados. La tarea no es infundada porque los tres principales partidos han experimentado cambios radicales: uno se ha convertido en oposición después de décadas de ser el dominante, y los otros dos tienen responsabilidades de gobierno que si bien materializan sus esfuerzos democráticos, también exhiben, y en ocasiones subrayan, su inexperiencia política o su incompetencia administrativa para dar resultados comproba-

bles. A veces las características de sus estructuras internas y las prácticas entre militantes y dirigentes proporcionan alguna explicación a ese comportamiento. En el caso del PRD el asunto es complicado. Su corta pero turbulenta historia ha dado pie a que se hayan escrito diferentes trabajos que parecen haber agotado los detalles. Se conocen muy bien sus orígenes desde la creación de la Corriente Democrática en el PRI y luego del Frente Democrático Nacional, lo mismo que la diversidad de grupos, organizaciones y partidos, encabezados por los restos del viejo Partido Comunista, que decidieron unirse para constituir el actual organismo. También se ha escrito sobre sus conflictos internos, en más de un sentido paradigmáticos, pero no ha sido infrecuente que el propósito sea más la justificación que la explicación de su existencia. Los enfrentamientos con el viejo régimen y el éxito electoral que ha experimentado el PRD han vuelto la investigación del partido un terreno muy pantanoso que fácilmente se ve envuelto en disputas ideológicas.

Tanto el número de estudios como los riesgos de intervenir en una polémica inútil hacen más sorprendente la aparición de un nuevo trabajo sobre el PRD. El que acaba de publicarse, escrito por Víctor Hugo Martínez y editado por una llamativa asociación de cinco editoriales, no sólo corre el riesgo de verse involucrado en esa disputa por el momento electoral que se vive, sino porque eligió analizar dos temas polémicos en ese partido: la existencia de grupos en permanente conflicto y las características profesionales de sus cuadros dirigentes. Los resultados, que a algunos parecerán evidentes y a otros preocupantes, están fundamentados en una investigación empírica que no es común en los estudios de este tipo, porque se apoya en libros, artículos, testimonios, documentos internos, biografías y trayectorias profesionales, hemerografía y entrevistas con militantes destacados que opinan o explican, con todo candor o con toda sinceridad, según se quiera ver, los problemas internos del PRD.

El autor comienza con una explicación teórica sobre los partidos, su funcionamiento y su institucionalización que son útiles no sólo para contextualizar el objeto de su estudio, sino para resaltar, por un lado, la ausencia de investigaciones sobre las élites dirigentes de los partidos y, por otro, para destacar la singular manera en que el PRD se ha institucionalizado y que es exactamente la contraria a la que la teoría y la experiencia general indican, es decir, que en él los grupos internos prevalecen sobre el control central de la dirigencia, y el reconocimiento de esos grupos constituye la razón principal tanto de la sobrevivencia del partido como de la integración de sus órganos directivos.

Así, Martínez reconstruye la fundación del PRD y establece las características básicas que desde entonces han marcado la organización. La reivindicación ideológica del nacionalismo revolucionario, propia del PRI hasta

los años setenta del siglo pasado; la necesidad del viejo PC y la izquierda organizada de encontrar un mecanismo que les permitiera sobrevivir electoralmente; la presencia de un líder como Cuauhtémoc Cárdenas que se convertiría en la figura central para arbitrar los conflictos grupales y que imprimiría el tono caudillista del partido, y la reunión de diversos grupos contradictorios, celosos de su independencia pero convencidos de que el ingreso en una nueva organización era la única manera de no desaparecer.

La combinación de estos elementos determinará el perfil partidario. Los ex priistas y los ex comunistas compartirán no sólo una ideología que ve en el Estado al responsable de la sociedad, sino también un principio de organización que sustentará al nuevo partido. Por el contrario, la diversidad de grupos tendrá como característica común su origen en la movilización social, curtidos en el enfrentamiento, el conflicto y las demandas permanentes. Si los primeros pugnarán por un partido centralizado, los segundos buscarán exactamente lo contrario. La única forma de que estas tendencias coexistieran se encontró en la figura del caudillo carismático, con la suficiente autoridad para crear equilibrios.

Lo curioso es que, como apunta el autor, esta práctica personalizada lejos de desaparecer cobró carta de naturalización cuando, en los años de la presidencia de Porfirio Muñoz Ledo, se reconoció el reparto de puestos, como expresión material del reparto del poder, entre los grupos que constituían el partido. Como bien lo advierte Martínez, este reconocimiento pragmático lo único que hizo fue estimular la permanente formación de corrientes y grupos para disputar el control interno. Los viejos orígenes desaparecieron para dar lugar a una variedad inacabable de nuevas y cambiantes corrientes que se han creado cóyunturalmente para conseguir una porción del poder. El lector interesado en los detalles puede encontrar en el capítulo tercero el mejor recuento de los grupos que han existido en el PRD y que son una prueba inobjetable tanto de la creatividad perredista (diganlo, si no, nombres como arco iris, trisecta, chuchos, amalios, cívicos, nueva república, misol, a pleno sol, etc.) como de una ambición que no considera el fortalecimiento del partido.

Como lo confirma el autor, la institucionalización del PRD no se ha producido por la subordinación de los grupos a la dirigencia, sino por el reconocimiento de que las corrientes existen, cambian, se reconfiguran y, además, se reparten los cargos y en especial negocian la conformación de la dirigencia partidaria. A partir de este principio, el autor hace una descripción descarnada de cómo se han integrado los cuadros directivos y se pregunta sobre la profesionalización y adiestramiento de quienes han ocupado los cargos. La radiografía y las conclusiones que obtiene Víctor Hugo Martínez son preocupantes.

Para empezar, los dirigentes son los mismos desde la fundación del partido y solamente se han rotado en los cargos. Han llegado a esos puestos, no necesariamente porque hayan demostrado habilidades profesionales y preparación en la dirigencia, sino porque han sido líderes de grupos y corrientes, y aquellos que han conseguido los más altos se lo deben al hecho de que encabezaron las corrientes más fuertes. No hay más profesionalización que la actividad política misma que, como afirma Martínez, supone disputas, negociaciones, enfrentamientos y acuerdos pero no aprendizaje especializado que ordene la vida institucional del partido.

Para añadir más desconsuelo, al reconstruir las trayectorias de los dirigentes Martínez encuentra que los únicos que cuentan con experiencia electoral, partidaria y administrativa son los ex priistas y, en segundo lugar, y solamente porque desde los años setenta llegaron a la Cámara de Diputados, los ex comunistas. El resto, que procede de las organizaciones sociales que ingresaron en el PRD, desde su fundación, en lo único que están bien preparados es en la agitación social.

Queda claro por qué las corrientes existen y son plenamente toleradas por la dirección del partido. Como lo señala el autor, hay un interés evidente que se ha extendido a medida que el partido se ha vuelto exitoso electoralmente. El problema es que el reparto de puestos ha pasado de la estructura interna a los cargos de representación y, más preocupante todavía, a los de gobierno. Si es delicado que un partido sea visto como recurso de sobrevivencia y no como vía de expresión de convicciones y proyectos, es más grave aún cuando esa práctica se traslada a los gobiernos porque eso significa que los puestos se asignan porque se pertenece a un grupo y no porque se tiene la preparación y capacidad indispensables. Un elemento, este último, que nadie puede dejar de advertir y que puede explicar muchos de los errores e ineficiencias administrativas, pero que también arroja luz sobre las intenciones, a veces apasionadas, por hacerse del poder.

Un trabajo como el de Víctor Hugo Martínez está destinado a ser un referente obligado no sólo porque desentraña la vida interna del único partido de izquierda en México, sino porque muestra los motivos por los cuales los enfrentamientos en esta incipiente etapa democrática pueden ser tan destructivos. No siempre hay principios, también hay ambiciones e intereses materiales.

ROGELIO HERNÁNDEZ RODRÍGUEZ